



EL MILAGRO DEL NUEVO NACIMIENTO

La vida cristiana comienza con una obra sobrenatural de Dios. La religión es común al hombre, pero el ser renacido por el Espíritu de Dios (el nuevo nacimiento) requiere un poder sobrenatural. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). El apóstol Juan escribió: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

El proceso que resulta en el nuevo nacimiento comienza cuando el Espíritu Santo convence a la persona que es pecadora, y que en verdad hay un Dios santo que juzgará al pecado. En el día de Pentecostés, muchos que escucharon el evangelio se conmovieron profundamente y dijeron a los apóstoles: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2:37).

Hoy en día el Espíritu Santo trae a la conciencia humana esa misma convicción de pecado para llevar a las almas a Jesús, el Salvador. Y así es como Dios guía al hombre hacia el arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo.

El que recibe a Cristo como Señor y Salvador halla la reconciliación con su Padre celestial. El Espíritu Santo se une con el espíritu de la persona, y ésta nace de nuevo. La conversión ocurre cuando el Espíritu Santo llama a la persona, la convence de pecado, le concede el nuevo nacimiento, la bautiza por medio de Su derramamiento, y la llena de poder.

Ya nacidos de nuevo, estas personas son discípulos de Jesucristo, y viven mediante la gracia y el poder de Dios, que les fue dado por el Espíritu Santo. Experimentan una vida abundante, completamente centrada en Cristo. Los cristianos verdaderos sinceramente desean ser como Cristo, compartir su ministerio, llevar su fruto, y glorificar al Padre.

El mayor de todos los milagros, y el que más necesita la gente hoy, es el nuevo nacimiento que traslada a un alma perdida de las tinieblas a la luz por medio de la gracia del trino Dios.



EL PODER SOBRENATURAL, ESENCIAL PARA LA VIDA CRISTIANA

La vida cristiana no puede vivirse sin poder sobrenatural. O sea que el cristiano, sin el poder de Dios obrando en su ser, no puede cumplir con los requerimientos de Cristo, ni andar conforme al Espíritu. El Nuevo Testamento emplea la palabra griega *dúnamis*, que normalmente se traduce como “poder”, y la usa 120 veces. *Dúnamis* fue lo que los discípulos recibieron cuando les llegó la promesa del Padre, y el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos (Hechos 1:4, 8).

Pero no debemos pensar que el poder del Espíritu es un recurso independiente, una energía mística que podemos explotar a nuestro antojo. Es imposible aprovechar este poder sin una obediente relación personal con Cristo, y sin que antes more el Espíritu en nuestro interior.

El ministerio del Espíritu Santo consiste en tomar las bendiciones espirituales que Cristo le da a la iglesia, y proporcionarlas a cada uno de nosotros tanto a nivel personal como colectivo. Jesús explicó esto en Juan 16:13-14: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él

os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo hará saber.”

Por esto la vida llena del Espíritu es una vida centrada en Cristo. El creyente busca a Cristo; no a los milagros, señales y prodigios como fines en sí mismos. Pero el cristiano tampoco puede permanecer en Cristo y ser lleno del Espíritu sin presentar obras de *dúnamis* en su vida.

Ciertamente, es posible tener religión sin *dúnamis*; esto es una de las tragedias de los tiempos peligrosos en que vivimos. Pablo explicó que habrá personas “que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia [*dúnamis*] de ella” (2 Timoteo 3:5). Estas personas profesan ser cristianas pero no tienen el poder para vivir la realidad del evangelio.

La vida de Cristo evidenció el poder divino. “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido” dijo Jesús en Lucas 4:18. Después que Jesús fue tentado en el desierto, él “volvió en el poder [*dúnamis*] del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor” (Lucas 4:14). También vemos que el mismo poder estaba presente en la iglesia primitiva. “Y con gran poder [*dúnamis*] los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos” (Hechos 4:33). “Y Esteban, lleno de gracia y de poder [*dúnamis*], hacía grandes prodigios y señales entre

el pueblo" (Hechos 6:8). El apóstol Pablo escribió: "Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder [*dúnamis*]" (1 Corintios 4:20). El evangelio de Marcos muestra que la intervención divina será evidente en los creyentes fieles: "Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán" (Marcos 16:17-18).

Edificar el reino de Dios es un ministerio vital de la iglesia. El Espíritu Santo equipa a su pueblo para esta obra. Él unge a sus siervos, y ellos proclaman con poder la palabra de Dios, obrando por medio de los dones espirituales que Dios ha dado a los evangelistas, profetas y maestros. Esto produce convicción de pecado en los oyentes, así como ocurrió en Pentecostés cuando se convirtieron tres mil personas. Aunque tales dones todavía son necesarios para difundir el evangelio y salvar a los perdidos, el Espíritu Santo sin duda quiere dar de su poder a todos en la iglesia que están dispuestos a tomar parte en esta gran misión.

Cuando los miembros de la iglesia trabajan juntos, ellos ejercen los dones de profecía, servicio, exhortación, y distribución para la edificación del cuerpo (Romanos 12:6-8). El propósito de los dones es "perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del